ELIZA PARKS

LA CORRIENTE ENTRE NOSOTROS



La Corriente Entre Nosotros

Eliza Parks

Copyright © 2025 por Eliza Parks
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse por ningún medio—electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación u otro—sin el permiso previo por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves utilizadas en reseñas o análisis académicos.
Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es mera coincidencia.
Para permisos, derechos u otra información, comuníquese a: elizaparksbooks@gmail.com
Impreso en los Estados Unidos de América. Primera edición.

Contents

1. Resaca
2. Sondeos
3. Termoclina
4. Marejada Ciclónica
5. Marea Muerta

Chapter One

Resaca

El sonido de los zapatos de su padre resonó por el pasillo de mármol mucho antes de que Camille Donovan abriera los ojos. Un clic suave, un suspiro y luego el golpe amortiguado de la puerta principal: su padre saliendo para otro vuelo, seguramente a Londres o Singapur. Siempre se movía como una tormenta con horario: rápido, preciso y sin mirar atrás cuando cambiaban los vientos.

Camille gimió y se dio la vuelta; el sabor del champán aún le amargaba la lengua. Su teléfono vibró en algún lugar bajo las sábanas de seda, zumbando contra una copa vacía que no recordaba haber dejado en la mesita. El reloj marcaba las 6:15 a. m. Demasiado temprano para cualquiera cuerdo; demasiado tarde para seguir con el labial de anoche.

Oyó abrirse de nuevo la puerta.

—Camille —tronó la voz de su padre desde la entrada, profunda y afilada como el mazo de un juez—. ¿Estás despierta?

Se incorporó despacio, haciendo una mueca ante el sonido de su propio pulso.

—A duras penas.

Apareció en el umbral de su dormitorio: alto, de hombros anchos, con un traje azul marino que probablemente costaba más que su matrícula universitaria. Su rostro, aunque apuesto, estaba surcado

por el cansancio de un hombre que había construido algo desde la nada y crió hijos que no entendían el precio.

—Ya no sé quién eres —dijo con frialdad.

Camille sonrió ladeado, su defensa refleja.

—Soy tu hija. La que mantiene interesante tu agenda social.

—Basta —cortó—. Te graduaste hace dos años, Camille. Dos años, ¿y qué has hecho con tu vida? Duermes de día, bebes de noche y destruyes cada oportunidad que te doy.

Ella apartó la mirada; el peso de su decepción le oprimió el pecho como una piedra.

—No todos queremos vivir en una hoja de cálculo, papá.

Él exhaló con brusquedad.

—No se trata de hojas de cálculo. Se trata de disciplina. De propósito. He intentado darte ambos.

Camille salió de la cama, envolviéndose el edredón como armadura.

—Y aun así, de algún modo, sigo siendo la vergüenza de la familia.

—Lo dijiste tú, no yo. —La miró, con los ojos oscuros por la rabia y la tristeza—. Hay una conferencia la próxima semana en Cabo Meridian. Tecnología y Sostenibilidad Oceánicas. Tus hermanos estarán allí. Tú también.

—Papá…

—Sin excusas. —Se enderezó la corbata—. Asistes con nosotros o lo pierdes todo: la mesada, el condominio, el fideicomiso. Todo. Tal vez entonces aprendas lo que significa valerte por ti misma.

A Camille se le hundió el estómago.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio —dijo. Luego, más bajo—: Eres imprudente porque tienes demasiado tiempo vacío, Camille. Llénalo con algo que valga la pena.

Las palabras dolieron más que la amenaza. Cuando abrió la boca para responder, él ya se había ido; la puerta se cerró y el eco se desvaneció como el oleaje que se retira.

Camille miró su reflejo en el espejo de cuerpo entero. Rímel corrido. Una mancha de vino en la blusa de seda. Su padre no se

equivocaba, y eso era lo peor. Era imprudente. Solo que no sabía cómo dejar de serlo.

El teléfono volvió a vibrar: Evan ❤️‍🩹 llamando. Se le ablandó el corazón al ver su nombre. Evan: alto, moreno, encantador, heredero del mayor negocio de importación de coches de lujo de la costa. Amaba lo rápido y lo ruidoso. Era todo lo que ella era: deslumbrante, dañada y siempre casi listo para cambiar.

—Hola —dijo, forzando alegría—. Oye, no puedo ir a Mozambique la semana que viene. Mi papá me obliga a…

—Cariño, ¿puedo ponerme esta camisa? —interrumpió una voz femenina al fondo, ligera y burlona.

Camille se quedó helada.

—¿Quién fue eso?

El silencio de Evan fue atronador.

—No empieces, Camille.

—¿Quién fue? —gritó.

—No voy a hacer esto por teléfono. —Cortó.

La sangre le rugía en los oídos. Tiró el móvil sobre la cama, agarró las llaves y salió dando un portazo.

Quince minutos después aporreaba la puerta de vidrio del ático de él. La ciudad despertaba abajo, pero su rabia llevaba horas despierta. Abrió una mujer con su camiseta, descalza y sorprendida.

—Oh —dijo, incómoda—. Debes de ser…

Camille no la dejó terminar. Se abrió paso y entró al salón. Evan salió de la cocina sin camiseta, con una taza de café como si pudiera salvarlo.

—Camille, cálmate…

—¿Quién es? —chilló—. ¿Quién es, Evan?

—Deja de gritar…

Pero no dejó. Su voz subió; la furia estaba viva. Un jarrón estalló contra la pared. Agarró otro y lo lanzó antes de poder frenarse.

—¡Camille! —gritó Evan, sujetándole las muñecas—. ¡Estás loca!

—¡Entonces no le mientas a las locas! —escupió.

La policía llegó diez minutos después. Evan no lo impidió. La miró con lástima mientras se la llevaban esposada, el rímel haciéndole

surcos y las sirenas aullando.

Un asistente de la empresa de su padre la esperaba en la comisaría. No dijo mucho: pagó la fianza, le dio un café y la llevó a casa en silencio.

El coche de su padre ya estaba en la entrada. Esta vez no gritó. Se quedó junto a la ventana de su habitación, mirando la lluvia deslizarse por el vidrio.

—¿Quieres destruirte? —preguntó suave.

—No —tragó saliva.

—Entonces demuéstralo. —Se volvió—. Vendrás a Cabo Meridian. Asistirás a cada panel, a cada reunión. Te sentarás junto a tus hermanos y aprenderás por qué existe esta empresa.

—¿Y si no?

No respondió. No hacía falta.

El Cumbre Internacional de Tecno-Océano de Cabo Meridian era todo lo que Camille esperaba: pretencioso, aséptico y repleto de gente que hablaba en siglas. El hotel parecía una concha de vidrio reflejando el azul pálido del mar. Sus hermanos, Jason y Reid, ya llevaban trajes planchados, riéndose con inversores. Camille iba detrás ajustándose las gafas de sol. El aire olía a sal y ambición.

—Qué bien que apareciste —dijo Jason con ironía.

—Orden de papá —replicó plana.

—Debiste quedarte en casa —murmuró Reid—. Te aburrirás.

—No te preocupes —sonrió quebradiza—. Traje apatía suficiente para sobrevivir.

Pusieron los ojos en blanco y se adelantaron. Camille se quedó atrás fingiendo repasar el programa. Casi todos los paneles no le decían nada: Avances en mapeo de mareas, Sistemas de pronóstico de aguas profundas, Ética de datos marinos. Pero un nombre se repetía: Dr. Noah Rivers.

Ya lo había oído: Rivers & Sons, Analítica Marina. Quinta generación de una familia que prácticamente había escrito el lenguaje del mar. Su tecnología predecía patrones de olas, marejadas y rutas de migración submarina con precisión. Su familia llevaba años intentando licenciarla; el Instituto Rivers se negaba.

Esa tarde se encontró al fondo de una sala donde sus hermanos exponían una propuesta ante él. El Dr. Rivers era más alto de lo que esperaba, con ojos castaños tranquilos que no se perdían nada. Su voz era firme; su postura, autoridad sin esfuerzo.

—Sus proyecciones son impresionantes —dijo, repasando el holograma—, pero siguen tratando la vida marina como un añadido. Mientras eso no cambie, no habrá licencia. Nuestra tecnología no sirve a la codicia; sirve a la preservación.

Jason se irguió.

—Está dejando que la emoción interfiera en el negocio.

Noah sonrió, leve.

—Lo llamo conciencia.

Reid masculló algo. Camille no lo oyó. Estaba demasiado ocupada mirando cómo Noah estaba de pie: anclado, sin prisa, absolutamente seguro de su lugar en el mundo. Un hombre tallado en quietud. Lo opuesto a ella.

Esa noche se quedó en su habitación mientras sus hermanos iban al cóctel. Quiso beber con tantas ganas que le temblaron las manos. En cambio pidió servicio a cuarto: jugo de piña con soda. Miró las olas por la ventana. Parecían calmas, pero sabía reconocer el tirón debajo. Una resaca podía arrastrarte sin que te dieras cuenta.

Se duchó, se vistió y dudó ante el armario. Normalmente elegiría algo corto y brillante. Pero esa noche quería otra cosa. Algo que dijera que podía pertenecer en una sala de gente que hacía cosas que importaban. Eligió un vestido largo azul claro. Conservador. Fluido. Como una hoja en blanco.

Abajo, el salón brillaba con arañas y decoración oceánica: coral de vidrio, conchas espejadas, jazz tenue entre risas. Se quedó al fondo, apretando su vaso, escaneando la multitud. Entonces lo vio: el Dr. Rivers. Hablaba con un pequeño grupo, expresión educada, reservada. Levantó la vista y sus ojos se cruzaron. Se congeló. Él asintió apenas y volvió a la conversación. A Camille le aleteó el corazón, absurdo. Se dio la vuelta antes de hacer el ridículo.

Más tarde, inquieta, salió hacia la playa. La marea estaba alta y la luna, baja y pesada. Y allí estaba él otra vez: saliendo del oleaje con un traje de neopreno negro, las gotas brillando como polvo de plata.

—¿Vas a seguir acechándome? —preguntó sin girarse.

—¿Yo? —se sobresaltó.

—Me miras desde la propuesta —dijo con una sonrisa suave.

—Quizá disfruto las escenas educativas de rechazo.

Él rió bajo, genuino.

—Al menos eres honesta.

—¿Qué haces aquí a medianoche?

—A veces el océano responde mejor cuando no hay público.

Algo en eso le dio ganas de saber más. Se quitó los tacones, caminó hacia el agua. Lo frío le lamió tobillos, rodillas y, sin pensarlo, se zambulló.

—Estás loca —rió él, sorprendido.

—Probablemente —emergió—. Pero se siente bien.

Flotaron bajo la luna, las olas meciéndolos. Por primera vez en años, Camille se sintió despierta. No borracha, no rabiosa: presente. Hablaron de nada: viajes, comida, cómo ven el mundo científicos y poetas. No mencionó la licencia. Y él se dio cuenta.

Cuando volvieron a la orilla, tiritando, se sintió más ligera que en mucho tiempo. En su habitación, se miró otra vez: pelo mojado, cara limpia, sin maquillaje. Solo ella.

—Hoy no te derrumbaste —se susurró—. No esta vez.

A la mañana siguiente, un mensaje en LinkedIn.

Noah Rivers: Fuiste la única persona en esa conferencia que no mencionó la licencia. Refrescante.

Sonrió, acelerado el pulso. Tecleó, simple y cortés: Me alegra que lo notaras. En realidad aprendí mucho.

La respuesta llegó más rápido de lo esperado: Si lo decías en serio, ven a visitarnos.

Camille miró el mensaje; el viento del océano entraba por la ventana. Por primera vez en mucho tiempo, no se sintió a la deriva. Tal vez por fin estaba lista para nadar.

Chapter Two

Sondeos

La ciudad costera no era como los folletos. No era llamativa ni ruidosa; olía a sal y aceite de motor, con graznidos de gaviotas entre el zumbido de los buques de investigación. Camille observó las luces del puerto parpadear como metrónomos pacientes mientras el taxi avanzaba hacia el Instituto Rivers de Ciencias Marinas.

El teléfono vibró: mensaje de Noah, breve como siempre: ¿Cena? 7 p. m. – Restaurante Cascada. Abrígate. Terraza exterior. Casi se rió. ¿Terraza junto a una cascada? ¿Quién era este hombre?

Llegó temprano. El restaurante se aferraba a un acantilado, con barandales de vidrio y helechos por todas partes; el rugido del agua llenaba los silencios entre latidos. Noah ya estaba, por supuesto: camisa blanca arremangada, expresión tan serena que la hizo sentir examinada.

—Camille —dijo, apartando la silla—. No estaba seguro de que vendrías.

—Yo tampoco —admitió.

—¿Sueles invitar a casi desconocidos a cruzar ciudades?

—Solo a los que se meten al mar con ropa.

Rió… y se detuvo al ver que él no bromeaba.

—Cierto. Eso.

El camarero sirvió vino; ella pidió agua con gas. Noah lo notó, sin comentarios. La cena fue fácil en la superficie: pescado fresco, arroz

con lima, charla ligera. Debajo, se sentía la corriente de evaluación: él la estudiaba como científico, paciente y preciso.

—¿A qué te dedicas, señorita Donovan?

La pregunta era sencilla; la respuesta no.

—Estoy… entre trabajos.

Asintió despacio. No cruel, no burlón: dejó que las palabras flotaran.

—Entre —repitió—. Puede ser un lugar interesante. Lleno de energía potencial.

—O de tiempo malgastado —murmuró.

Levemente, él sonrió.

—Depende de hacia dónde empujes.

Hablaron otra hora, corteses, como colegas indecisos. Al llegar la cuenta, se levantó.

—Fue bueno verte, Camille.

—Suena definitivo.

—No definitivo —dijo—. Medido.

Y la dejó mirando la cascada, extrañamente dolida.

Elegir trabajo sobre deseo

Dos días después se presentó en el vestíbulo del Instituto con su blazer más conservador y la determinación de una mujer que había quemado todos los puentes menos uno.

—El Dr. Rivers no espera visitas —dijo la recepcionista, amable.

—Entonces supongo que lo sorprenderé.

Arriba, el laboratorio olía a café y agua salada. Noah alzó la vista del microscopio.

—Persistente —murmuró.

—Puedo ayudar —dijo rápido—. Archivo, orden, lo que sea. Conozco la reputación de mi familia, pero quiero trabajar. Aprender. Aunque sea de entrada.

—¿Como amiga o como competidora?

—Ambas. Tal vez eso sea lo bastante honesto por ahora.

Silencio. Luego:

—Bien. Asistente junior de archivo. Sala de datos, no la bahía de investigación. Dos meses a prueba.

—¿Lo dices en serio?

—No bromeo con el trabajo. Preséntate con la señora Reynolds a las nueve.

Y así, Camille Donovan—ex fiestera heredera—se convirtió en la empleada n.º 4723.

Montaje — Seis meses haciéndolo bien

La sala de datos era un caos: cajas polvorientas, discos mezclados y décadas de notas de campo en seis caligrafías. La primera semana estornudó; la segunda creó carpetas por colores. Para el segundo mes, los archivos obedecían. Para el tercero, la red también. Construyó un sistema en línea tan fluido que los investigadores preguntaban: ¿Quién montó esto? Sus evaluaciones volvieron con EXCEDE EXPECTATIVAS—frase que nunca había visto junto a su nombre.

Su vida vieja se negaba a morir. Los textos de Evan llegaban como mosquitos: Me enteré de que te mudaste de ciudad para seducir a un científico. Cuida tu reputación. Lo bloqueó. Lo desbloqueó. Lo volvió a bloquear. Era memoria muscular más que emoción.

Noah rara vez visitaba el archivo, pero cuando lo hacía se quedaba más de lo necesario. Preguntaba por la lógica de catalogación y ella respondía con frases ordenadas que sorprendían a ambos. Una vez la vio apilando frascos mal etiquetados.

—Alfabetizaste plancton.

—Alguien tenía que hacerlo.

Asintió, impresionado.

—Trabajas en silencio.

—Eso es nuevo.

—Lo noté.

No era elogio exactamente. Pero le llenó el pecho como uno.

Té y electricidad estática

Llegó por email: ¿Té mañana, 4 p. m.? – NR

La cafetería del Instituto daba al puerto, el vapor empañando los cristales. Ella llegó temprano; él, un minuto después, con olor a sal y cedro.

—Felicidades —dijo.

—¿Por?

—El rediseño del flujo de datos. Trabajo elegante.

Sonrió pese a sí misma.

—Gracias.

Él sorbió té y le sostuvo la mirada.

—Solo recuerda… no borres líneas. Profesional, personal… es fácil ahogarse cuando se disuelven.

Escoció, sin saber por qué.

—Piensas que soy imprudente.

—Pienso que estás aprendiendo —dijo suave.

Algo eléctrico cargó el aire. Ella apartó la vista primero.

Casi ascenso profesional

Cuando se abrió la vacante de Asistente Ejecutiva, todos lo supieron. El anuncio parecía escrito para ella. Postuló, escribió la carta más pulcra de su vida y esperó. Llegó el rechazo: Hemos elegido a una candidata interna. Sin berrinche. Sin llamada a papá. Imprimió el correo, lo dobló y lo archivó en Recordatorios → Humildad.

Pasaron seis meses. El laboratorio creció; el trabajo se triplicó. Una mañana Noah se acercó a su escritorio.

—¿Qué tal si te pasas a la planta principal?

—¿En serio?

—Reportarías a mí y a la Sra. Harper. Nos vendría bien otra asistente.

No era el ascenso que quería, pero era confianza. Dijo que sí.

La regla

La planta principal era luz y movimiento: ordenadores zumbando, monitores con corrientes satelitales. Ms. Harper, la asistente senior, era todo lo que Camille aún no: compuesta, imperturbable, veloz. Y, pronto notó Camille, secretamente enamorada de Noah. Decidió no competir. Solo trabajó.

Cuando llegó la Gala de Conservación Oceánica, Noah pidió que ambas asistentes asistieran: Harper para la agenda, Camille para documentación. Camille llevó un vestido negro sencillo. La noche fue larga: discursos, donantes, demasiado champán que ella no tocó. Cerca de medianoche, Noah la encontró junto al bufé con su tableta.

—Lo haces bien —dijo—. Te ves… profesional.

—Ese era el objetivo.

Al salir, atravesaron el vestíbulo del hotel… y se toparon con Evan. Presumido, rodeado de modelos.

—¡Camille! —dijo en voz alta—. No sabía que ahora trabajabas para otros.

—Mi jefe —repitió Noah, voz amable, ojos afilados—. Un placer.

Evan sonrió torcido.

—¿Contrata a las guapas, doc?

—Solo a las capaces —respondió Noah, y la apartó antes de que explotara.

El coche guardó silencio salvo por el rodar de los neumáticos.

—Lo siento —dijo al fin.

—¿Por qué?

—Por decir "mi jefe". Sonó… pequeño.

—Soy tu jefe.

—Sí, pero no era eso…

Se detuvo en un semáforo y la miró.

—¿Cómo lo quisiste decir?

Abrió la boca, la cerró.

—No lo sé.

Alargó la mano atrás, tomó un vasito y se lo tendió.

—Helado —dijo—. Para luego. Tenías cara de necesitarlo.

—Qué específico.

—La especificidad mantiene al mundo cuerdo.

En su edificio, se desabrochó el cinturón.

—Gracias. Por todo.

—Camille —dijo él, recargado en el volante.

Ella se volvió.

—Vuelve a llamarme señor —murmuró, divertido— y quizá te bese.

Ella lo miró, el corazón a la garganta.

—¿Y quién dijo que me molestaría?

No se acercó.

—Las líneas claras en el trabajo.

—Absolutamente —susurró—. Clarísimas.

—Bien. —Pero sus ojos se quedaron en su boca hasta que cerró la puerta.

Meta / Obstáculo / Giro

Al día siguiente, el Dr. Rivers estaba distinto. Frío. Medido. El calor de antes se había ido, reemplazado por distancia profesional. Cuando Camille dejó los informes, él ni levantó la vista.

—Déjalos en mi escritorio —dijo plano.

—¿Llegaste bien anoche?

—Sí.

—Qué bien.

—Sí. —Cada respuesta era un clic de cerradura.

Durante los meses siguientes, Camille aprendió la disciplina del silencio: ser firme cuando todo en ella quería sacudirse. Trabajó hasta tarde, habló menos. El chisme murió; el ruido se apagó; y, por primera vez, la voz de su padre por teléfono no sonó decepcionada. Estoy orgulloso de ti, dijo. Pero cada vez que pasaba por la oficina de Noah, el aire se tensaba: la quieta tensión de dos personas fingiendo no pensarse.

Por primera vez, el anhelo no la arruinó. La afinó. Camille aprendía a nadar en aguas profundas sin ahogarse.

Semanas después fueron a otro evento nocturno. La noche terminó tarde, el aire pesado. Se detuvieron por helado; ella lo rechazó.

—Estoy bien —dijo.

Él pidió dos de todos modos.

—Tómalo —le ofreció.

—He dicho que estoy bien.

—Camille. —La voz se suavizó lo justo para que lo aceptara.

Lo tomó a regañadientes. Pero al rozarse los dedos, algo se abrió. La farola los bañó; el coche se volvió demasiado pequeño. Él se inclinó—rápido, deliberado—y le sujetó la muñeca, acercándola lo justo para que el aire vibrara. Su aliento le rozó la mejilla; sus labios se acercaron. El mundo se redujo al espacio entre ellos.

Ella se apartó primero, con la respiración entrecortada.

—No puedes hacer eso —dijo— y luego callar meses como si yo fuera un informe terminado.

—Camille…

—No. ¿Qué fue eso, doctor Rivers?

—Noah —dijo bajo—. Llámame Noah.

—Bien. Noah. —Cruzó los brazos—. ¿Fue un hola? ¿Un adiós? ¿Otro experimento?

Él exhaló, la mandíbula tensa.

—Fue un riesgo.

—Entonces deja de tratarme como una variable. Si me quieres, dilo. Si no, deja de usar las reglas como excusa para esconderte.

—Existen por una razón —dijo en voz baja, mirando el volante.

—Y yo tengo dignidad por una razón. —Agarró la manija—. Decide qué quieres más: tus líneas o a mí.

La puerta se cerró con un clic final. Dos conos intactos goteaban en silencio—dulce prueba desperdiciada de todo lo que casi fue.

Chapter Three

Termoclina

El mar parecía infinito desde la cubierta: una hoja de acero fundido bajo el sol. Camille ajustó el chaleco mientras el buque se alejaba del puerto. El viento le azotó las trenzas y divisó a Noah en el timón, conferenciando con la tripulación. En el mar era distinto: más él, menos blindaje. La sal le arrugaba el pelo; el mando le sentaba fácil.

—Bienvenida a las próximas dos semanas de tu vida —dijo una voz alegre.

Camille se volvió: la Dra. Martha Gray—alta, segura, la clase de mujer que parece nacer con confianza. Sonrió cálida, ojos evaluadores.

—Soy Martha. Oceanografía. Noah y yo nos conocemos de antaño.

—Camille Donovan. Operaciones y comunicaciones.

—Sí, claro. Me han dicho que eres… organizada.

Camille captó la pausa y sonrió igual.

—Habilidad nueva.

—En este oficio puede salvar vidas.

El geólogo marino, Ben, y el ingeniero oceánico, Derrick, se unieron. El pequeño equipo pasó lista. El batiscafo relucía a popa, listo para zambullirse. Objetivo: recoger datos de temperatura y corrientes en la zona de termoclina—la capa invisible entre el cálido superficial y el mundo frío de abajo.

—Turnos de doce horas —la voz de Noah sobre el zumbido—. Sin drama, sin atajos, sin improvisaciones.

Sus ojos rozaron a Camille lo justo para que se sintiera vista.

Cena en el submarino

El camarote brillaba bajo luz ámbar. El zumbido era un pulso bajo cubiertos y charla. Camille se sentó frente al Primer Oficial, con la Dra. Gray a un lado y Noah junto a ella—lo bastante cerca para rozar la manga al coger el vaso.

La Dra. Gray reía—esa risa pulida que giraba cabezas.

—Noah, ¿recuerdas aquel verano en Togo? Se rompió el equipo y quisiste arreglarlo con cinta y optimismo.

—Fue idea tuya, Martha.

—¿Ah, sí? —fingió—. Siempre me das demasiado crédito.

Su mano rondó el borde de la copa, orientada hacia él. Camille alzó el tenedor, movimiento deliberado. No era celos lo que se agitaba: era conciencia. Observó el ritmo entre ellos: miradas pequeñas, historia compartida en medias sonrisas. Martha hablaba un idioma que Camille no.

Cada "¿recuerdas?" era una estaca en la mesa: yo lo conocí antes.

—Suena a trabajo que perdura —dijo Camille, pareja.

Martha sonrió, ojos agudos.

—Lo hace. Años de colaboración construyen… entendimiento.

Camille asintió, pulso estable. Antes eso la habría cortado: el recordatorio de que era nueva, reemplazable. Pero algo había cambiado. Miró a Noah—el hombre que fue tormenta y ahora calma que ella podía elegir. Por primera vez no quería luchar por la atención de un hombre. Quería ser elegida por su paz, no por su espectáculo. Si él estaba destinado a verla—de verdad—lo haría. Si no, igual se iría sabiendo quién era.

Afuera, el océano presionaba el casco, vasto y paciente. Adentro, dejó que el silencio fuera su dignidad.

La presión de la competencia

Para el día dos, Camille dominaba su ritmo. Registró tiempos de inmersión, verificó transmisiones y cruzó intervalos de sensores y gradientes térmicos. Exigió auditar cada lista de verificación—decisión que pagó la cuarta noche cuando fluctuaron sensores de

oxígeno. Repasó los registros y halló la causa: una calibración sin timestamp.

—Este sensor se pasó por 36 horas —le dijo a Derrick—. Si falla a media inmersión, perdemos el día.

—¿Lo recordaste de memoria?

—Reorganicé la secuencia la semana pasada —dijo tímida—. Ayuda colorear por riesgo.

En una hora recalibraron y el buceo siguió. En la reunión posterior, Noah no dijo mucho—solo le lanzó una mirada, un destello de orgullo tranquilo.

Más tarde, cuando todos dormían, lo encontró despierto en el sonar, auriculares al cuello, tomando notas.

—¿Sigues trabajando?

—El océano no duerme.

—Tú tampoco.

—Hoy nos ahorraste veinte mil dólares. Buen trabajo.

—Gracias. —No supo qué hacer con las manos—. Es fácil cuidar los detalles cuando importan.

Sonrió breve, real.

—Ese es el secreto. Todo importa, Camille. Incluso lo que nadie aplaude.

El avistamiento que no fue

El día seis trajo sol que quemó la bruma. Tras una semana de turnos, el equipo estaba exhausto. Cuando Noah anunció una "pausa de recolección" para observar una migración de yubartas, todos respiraron.

Camille se paró en proa, el viento enredándole el pelo mientras cuerpos enormes rompían el agua—suaves, antiguos, gráciles. Levantó la cámara; la escala desafiaba píxeles.

Noah se unió, brazos cruzados, mirada al horizonte.

—Recuerdan rutas de hace siglos. Cada año, mismo camino, mismo ritmo.

—Ojalá tuviera esa constancia.

—La tienes ahora. —El cumplido flotó, silencioso y peligroso.

Antes de que respondiera, la voz de Martha desde abajo:

—¡Noah! Lecturas salinas raras en los secundarios.

Él se volvió, la compostura profesional como armadura.

—Voy.

Al irse, Martha lanzó una mirada arriba—educada, sabida, territorial. Camille exhaló. Las ballenas emergieron, exhalando fuentes, y entendió que prefería registrar datos que drama.

Trabajo, no drama

El resto de la semana, Camille se hundió en logística. El equipo bromeó que era mitad humana, mitad hoja de cálculo. Cada noche comprobó oxígeno dos veces, sincronía de sonar tres. Cuando llegó un retardo en la inmersión nueve, fue su plan de redundancia el que mantuvo estable la transmisión.

—No se le escapa nada —susurró Derrick a Ben.

Camille fingió no oír, pero sonrió. El respeto era una combustión lenta; duraba más.

Esa tarde, mientras los demás jugaban cartas, se sentó sola a registrar notas. Afuera, el mar brillaba con bioluminiscencia. Unos nudillos suaves.

—¿Puedo? —la voz de Noah.

Señaló la silla. Él se sentó, estirando las piernas bajo la consola.

—Nos has mantenido a flote esta semana.

—Más bien tú me has mantenido a mí —intentó bromear.

—¿Por qué desvías el elogio?

—Costumbre. Es más fácil que creer que me lo gané.

No respondió; miró el agua oscura tras el cristal. El zumbido llenó el silencio como latido.

Intercambio de pasados

Más tarde, en el pequeño lab con frascos de plancton como fantasmas, Camille encontró a Noah calibrando una sonda. Le entregó un chip de reemplazo.

—Me preguntaste por qué no hablo de mi familia —dijo él sin levantar la vista.

—No quería entrometerme.

—No lo hacías. Eras… curiosa. —Sonrió leve—. Mi madre se fue cuando tenía siete. Se llevó a mi hermana. Mi padre nos crió; me enseñó la ciencia, la disciplina, el… silencio.

—No haces tramas de abandono.

—Exacto. ¿Y tú?

—Mi madre murió cuando tenía nueve. Cáncer. Mi padre la amaba, pero no supo criarme sin ella. Se volcó al negocio. Mis hermanos mayores se las arreglaron. Yo… no. —Le tembló la voz—. Años de fiesta. Duelo con brillo. Si me mantenía ocupada siendo ruidosa, no me sentiría sola.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy en silencio. Y creo que da más miedo.

—El silencio no está vacío, Camille. A veces ahí te encuentras.

Sus manos casi se rozaron… y la voz de Martha desde el pasillo:

—¿Noah? El sonar se está repitiendo.

Él se apartó.

—Voy.

Cuando se fue, Camille exhaló; el aire sabía a sal y contención.

La advertencia de Martha

Esa noche, Martha encontró a Noah en instrumentos.

—Es una Donovan —dijo, directa—. Sabes que su familia lleva años buscando tu licencia.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué la dejas acercarse?

—Porque también sé cómo se ve la paciencia.

—¿Crees que es distinta?

—Creo que lo está intentando.

—Son dinero nuevo, Noah. Juegan al límite.

Él sonrió sin humor.

—No quiero verte quemado —suspiró ella.

—No lo harás. Y gracias.

Se fue, y él se quedó mirando, el peso de la vieja amistad mezclándose con algo nuevo, riesgoso, difícil de nombrar.

El mensaje que significó más

La última noche vibraba una alegría baja por los pasillos metálicos. En el comedor del submarino, la tripulación celebraba: música de un altavoz, cuencos de estofado, cubiertos tintineando. Camille se sentó un momento aparte, junto a un ojo de buey, viendo la lluvia perlándose en el vidrio. Afuera, el mar era solo oscuridad y luz reflejada.

Noah la encontró allí, manos en los bolsillos.

—Deberías estar orgullosa.

—Lo estoy. Tú también.

Se apoyó a su lado, la luz del comedor perfilándole el rostro.

—No me había sentido tan… quieto en años.

—No pareces inquieto.

—Lo disimulo bien. —Su voz se suavizó—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por recordarme que la gente puede cambiar sin convertirse en otra.

Camille bajó la vista, apretando la taza.

—¿La llamarás algún día?

—¿A quién?

—A tu madre.

Dudó, el murmullo de risas llenando la pausa.

—Probablemente no.

—Hazlo —dijo suave—. No por ella. Por ti.

Él exhaló, sacó el móvil. Escribió: ¿Cena? Si estás en la ciudad. Y envió antes de arrepentirse. Camille vio el destello.

—Bien —murmuró.

Él sonrió—pequeño, auténtico.

—Eres imposible.

—Y tú, predecible.

Rió por lo bajo y miró al corredor.

—Pronto emergemos. Sube. Vale la pena.

Lo siguió por la escotilla; la celebración quedó atrás mientras el zumbido de maquinaria se transformaba en el sonido del océano.

El submarino emergió con un suspiro metálico suave; el agua resbaló por el casco en láminas brillantes. El aire nocturno era fresco y salado. Una franja de horizonte azul pálido brilló donde la luna tocaba el agua.

Camille siguió a Noah por la escotilla hacia un mundo que parecía renacido tras semanas abajo. El océano respiraba alrededor—infinito, calmo, vivo. Una ballena afloró a lo lejos, su arco cortando el mar plateado.

—Son hermosas —jadeó.

—Por esto subo aquí —dijo él bajo—. Para recordar que todos los datos, todos los cálculos… son por esto. Lo vivo.

El viento le levantó el cabello cuando se volvió hacia él. Había algo distinto en su mirada ahora: no el profesor, no el científico. Solo un hombre entre contención y deseo. Extendió la mano, voz baja.

—Ven aquí.

Ella vaciló.

—Noah…

—Por favor.

Cruzó la estrecha cubierta, el motor vibrando bajo los pies. Cuando llegó, él la atrajo con suavidad a su regazo, manos firmes en su cintura. El océano se mecía y, por primera vez, no sintió que caía: se sintió sostenida. Él le rozó la mandíbula con el pulgar, estudiándola a la luz de la luna.

—Me haces olvidar dónde están las líneas —murmuró. Luego la besó: lento, deliberado, el encuentro de todo lo no dicho. El sonido de las olas llenó el silencio, constante e infinito.

El regreso

Al amanecer, el barco cortaba hacia el puerto en plata líquida. La tripulación empacaba, catalogando muestras. Camille estaba en cubierta con café, el pelo al viento, viendo gaviotas. Martha se le acercó, tono más blando.

—Hiciste un buen trabajo.

—Gracias.

—Me equivoqué contigo —añadió.

—¿Qué te hizo cambiar?

—No perseguiste atención. Te la ganaste.

Compartieron un momento tranquilo, dos mujeres en lados distintos del mismo mar. Al otro extremo, Noah levantó la vista de una planilla; sus ojos se encontraron con los de Camille un latido más de lo normal. Ella sonrió, pequeña, consciente. Esta vez, no apartó la mirada primero.

Chapter Four

Marejada Ciclónica

La ciudad portuaria relucía como vidrio pulido cuando Camille pisó tierra. La expedición había sido lo bastante larga como para que el suelo se sintiera extraño, pero ella caminaba distinta: medida, deliberada. Ya no buscaba el teléfono apenas llegaba el silencio. Cuando Evan apareció de nuevo en sus mensajes, su nombre no le provocó la misma descarga—solo curiosidad pálida. Me gustaría verte. Solo cena. He cambiado. Borró el mensaje.

Padres y madres

Ese fin de semana voló a casa. La finca Donovan era una sinfonía de piedra y expectativa callada. Sus hermanos se le echaron encima.

—¿Aún sin licencia de Rivers? —Jason.

—Tres años y solo traes corazones rotos —Reid.

Pudo haber saltado. En cambio, sonrió delgada.

—No todo trato es ganar. Algunos son aprender.

Ellos rieron. Su padre no. La estudió desde el sillón, el pelo plateado captando la luz del fuego.

—¿Duermes lo suficiente en la costa?

Parpadeó.

—Te ves cansada pero feliz. —Fue lo más cerca que había estado de un "te quiero".

Mientras tanto, Noah estaba frente a una mujer con sus ojos y su apellido: su madre. La cena fue cauta, la clase que gira alrededor del

dolor como buzos prudentes.

—No estaba lista para ser madre —dijo ella—. Tu padre merecía algo mejor. Pero nunca dejé de revisar las revistas: tu trabajo, tus proyectos. Estoy orgullosa.

Él miró el plato, garganta apretada.

—Nos dejaste.

—Sí. Y saliste mejor de lo que tenía derecho a esperar.

No era perdón, todavía. Pero era aire. Salió del restaurante medio kilo más liviano.

La propuesta que sí quieres (y temes)

Tres semanas después invitó a Camille a cenar. Mensaje simple: Cena — 7 p. m. No discutas.

Se vieron en una azotea tranquila con vista a la bahía. Olía a sal y lluvia; las luces temblaban en el agua.

—Te ves bien —dijo él.

—Tú también. ¿Hablaste con ella?

—Sí. —Pausa—. Tenías razón. Ayudó.

—Me alegro.

—¿Y tú? ¿Decidiste perdonar al mundo?

—Renuncié a mi vida de antes. Vendí el condominio. Le dije a papá que me quedo en el Instituto a tiempo completo.

—Corte limpio.

—Necesario.

Comieron en calma. Entonces Noah dejó el vaso.

—Tus hermanos me contactaron otra vez —dijo—. Sobre la licencia.

Camille se tensó.

—Les dije que no lo hicieran.

—Lo sé. Pero ya no voy a evitar el tema.

—¿Qué significa?

Se inclinó, voz pareja, mirada intensa.

—Consideraré licenciar con dos condiciones. Primera: te casas conmigo. Segunda: tenemos hijos. La tecnología se queda en mi línea de sangre. Tras nuestro segundo hijo, la empresa de tu padre obtiene una licencia limitada de cinco años—solo para aplicaciones de seguridad.

Por un momento, el mundo se inclinó.

—¿Salimos sin que me diera cuenta? —consiguió decir.

—Te he visto construir un yo. Eso importa más que cualquier currículum.

—¿Esto es una propuesta o un acuerdo de fusión?

—Ambos. —Tranquilo—. Los negocios construyeron el muro entre nuestras familias. Tal vez la familia lo derribe.

Camille soltó una risita incrédula.

—Sabes lo absurdo que suena.

—Perfectamente —dijo—. Pero llevo años midiendo mareas. A veces la única forma de cambiarlas es comprometerse con el tirón.

Lo estudió: el científico controlado, el hombre que pesa cada variable. Esto no era impulso. Era convicción.

—La respuesta es sí.

Él la sostuvo con la mirada. Las luces se difuminaron detrás. Camille miró la bahía oscura, las olas atrapando reflejos dorados. Pensó en todas sus versiones—la chica imprudente, la mujer en recuperación, la profesional que aprende a respirar bajo el agua—y cómo cada una la había llevado a este punto. Se rió otra vez, suave, incrédula.

—Eres completamente poco romántico.

—Bien —dijo—. El romance se desvanece. La ética perdura.

—Serías una pésima tarjeta de Hallmark.

—Quizá —sonrió—. Pero sería un buen compañero.

Meta / Obstáculo / Giro

El mundo de Camille había sido ruido. Ahora el silencio entre ellos rugía más que una tormenta. Su meta estaba clara: elegir una vida, no un bucle. Los obstáculos eran las mismas olas de siempre: legado, juicio, miedo. Pero en ese silencio de azotea, con el viento moviéndole el pelo y su propuesta imposible entre ambos, sintió que cambiaba la marea. Tal vez amor y trabajo no tenían que pelear por espacio. Tal vez podían compartir un voto, con barandales lo bastante fuertes.

Y cuando empezaron a caer las primeras gotas, Camille sonrió hacia la tormenta, por fin firme para lo que viniera.

Chapter Five

Marea Muerta

Sí, pero a propósito

Lo que Camille quería era simple: claridad. No aplausos, no rescate: la paz limpia de saber que sus decisiones eran suyas. Cuando le dijo a Noah que sí, no fue el sí impulsivo de la chica que rompía jarrones, sino el sí deliberado de una mujer que se había ganado el derecho a elegir.

Estaban en la playa de noche; las olas arrastraban cintas de plata sobre la arena. Él le apartó un mechón húmedo.

—¿Segura?

—Por fin estoy segura de algo.

Las olas llenaron el espacio, constantes. Él la besó: no rápido, no frenético, sino al ritmo de la marea, cada aliento acompasado. No fue adrenalina; fue llegada.

—Así se siente la calma —susurró ella.

—No te acostumbres —bromeó—. El océano cambia de humor.

—Entonces cambiaremos con él.

Términos transparentes

Dos mañanas después estaba en el despacho de su padre, portátil abierto, el borrador del contrato brillando. Sus hermanos al lado, escépticos.

—La licencia —empezó, pareja— se activa solo tras el nacimiento de nuestro segundo hijo. Duración: cinco años. Propósito:

restringido a analítica de seguridad marina. Comité de supervisión, gobernanza conjunta y rescisión inmediata si el daño ambiental supera métricas base. Sin sublicencias. Nunca.

Jason parpadeó.

—¿Escribiste esto?

—Sí.

—Suenas a abogada —murmuró Reid.

Su padre se inclinó, leyendo las cláusulas. La mandíbula trabajó una, dos veces, como si absorber el lenguaje le costara orgullo. Al fin dijo, quedo:

—Estoy orgulloso de la mujer que escribió estos términos.

Le golpeó más hondo de lo esperado. Los hermanos se quedaron quietos, sin saber seguir. Ella sonrió.

—Entonces estamos alineados.

Él soltó una risa breve.

—A tu madre le habría encantado esta versión de ti.

A Camille se le apretó la garganta, pero consiguió:

—Eso espero.

Boda y trabajo

Se casaron en la misma costa donde habían nadado bajo las estrellas. Solo familia, algunos colegas, sin espectáculo. La madre de Noah lloró en silencio. El padre de Noah asintió con aprobación. Camille llevó un vestido marfil sencillo, el pelo con pasadores de coral. El anillo de Noah era titanio: funcional, fuerte. Esa noche bailaron descalzos en la orilla, la luz de la carpa derramándose sobre las olas.

—Esto no se siente como rendición —susurró.

—No lo es —dijo—. Es sostenibilidad.

El título

El matrimonio no frenó su impulso; lo refinó. Mientras Noah volvía al campo, Camille terminó su máster en Biología Marina—aprovechando créditos científicos acumulados en el Instituto. Su tesis—Armonización de datos en modelos de pronóstico oceánico multi-profundidad—ganó honores. Aceptó un doble rol: Jefa de Archivo y Coordinadora de Programas de Investigación.

Tras la segunda marea

Cuando llegó su segundo hijo—otro niño con los ojos de Noah y la sonrisa inquieta de Camille—se activó la cláusula. El Sr. Donovan firmó con manos firmes; Noah contrafirmó con precisión. Cinco años. Alcance estrecho. Tableros transparentes transmitiendo cada dato en tiempo real. Indicadores ambientales. Suspensión automática si se excedían umbrales de explotación. Camille no se bañó en elogios; solo revisó los tableros cada mañana, café en una mano y el bebé en la otra. El mundo volvió a ser ruidoso, pero su centro se mantuvo.

Cabos sueltos, atados con amabilidad

Evan reapareció fugazmente en tabloides—tour de redención tibio, nueva prometida, relevancia menguante. Camille vio el titular al abordar un vuelo y cerró la revista. Sin amargura; solo distancia. Esa historia ya no era suya.

Imagen final

Amanecer en el muelle. Noah arrodillado junto a dos figuritas, enseñándoles a leer tablas de mareas con brújula y lápiz. Camille a unos pasos, grabando cantos de ballena para un programa escolar, el viento jugando con su pelo.

Fin.